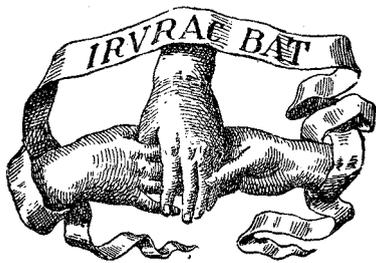


Publicaciones de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País

Expresión feliz de San Ignacio,
mal interpretada

por

P. ANSELMO DE LEGARDA



SAN SEBASTIAN

1956

EXPRESION FELIZ DE SAN IGNACIO
MAL INTERPRETADA

Expresión feliz de San Ignacio, mal interpretada

por

P. ANSELMO DE LEGARDA

Del estilo o lenguaje del autor de los *Ejercicios* nos hemos forjado un concepto sobradamente peyorativo. Hay quienes, tras la lectura de un buen comentario, admiran la exactitud de frases y vocablos del Santo, pero echan en falta la opulencia y brillantez de otros escritores de su tiempo. Achacan a reminiscencias del latín o de la lengua materna cuanto les desagrada. Su estancia en Arévalo, sus viajes, lecturas y conversaciones pasan por alto, como si nada montaran en su educación literaria. Casi le consideran incapaz de un acierto voluntario o filigrana. Y los tiene. El daño está en que a las veces corren inadvertidos.

Confieso que es muy exiguo todavía mi conocimiento de los incontables comentaristas o explanadores de los *Ejercicios*. Por ello sería en mí necia petulancia afirmar que nadie ha reparado en el sentido genuino de una expresión castiza de la primera Adición. Pero como un comentarista tan perspicaz como el P. Casanovas ha errado, a mi ver, en la exégesis del pasaje, no será temerario sospechar que algunos otros tampoco han dado en el hito.

Cierto que el yerro no es de tal entidad que hayamos de temer se malogre el fruto de los *Ejercicios*. Mas la primera Adición del Santo cobrará nuevo realce si le aliviarnos del polvo que viene empañando una de sus frases.

Dice así San Ignacio (número 73): “La primera adición es, después de acostado, *ya que me quiera dormir*, por espacio de un *ave-maria* pensar a la hora que me tengo que levantar y a qué, resumiendo el ejercicio que tengo de hacer”.

El P. Ignacio Casanovas escribe (1): “La práctica de esta adición es tan clara como sencilla y no necesita mayor explicación. Lo conveniente y necesario es penetrarse, al cumplirla, del espíritu que movió a San Ignacio a redactarla”.

A continuación interpreta el espíritu.

Pero en otro lugar de la misma obra (2), a pesar de la supuesta diafanidad de la letra del pasaje, se aviene a comentarlo, diciendo: “Quiere San Ignacio que este acto sea una cosa corta, como el tiempo que se emplea “en rezar una avemaria”; y que, hecho esto, el hombre “quiera dormirse” como para cobrar fuerzas corporales para la tarea dispuesta para el siguiente día”.

No es difícil demostrar, a mi entender, que el sentido auténtico de la frase ignaciana dista mucho del que le atribuye el P. Casanovas.

Por otra parte, el volumen de *Monumenta Ignatiana* correspondiente a los Ejercicios Espirituales (3) en su triple versión latina ofrece tres intentos de interpretación de la frase.

Vulgata versio: “...post cubitum, ante somnum...”

Versio prima: “...post cubitum, antequam dormire incipiam...”

Versio P. Rootham: “... post cubitum, quando iam, iam dormire volo...”

A la vista está que difieren no sólo en matiz, sino hasta en color.

La vulgata, obra del latinista Andrés Frusio (4), es en ese punto vaga por extremo.

La llamada versión primera, aunque “hecha probablemente por el mismo San Ignacio en un latín poco conforme con las exigencias de aquel siglo humanista” (5), ha acertado a esquivar aquí el escollo de lo servilmente literal y darnos una traducción bastante próxima a la exacta.

El P. Roothan, a pesar del buen comienzo, naufragó en el escollo al estampar el inadmisibles “volo”.

El *ya que me quiera dormir* entrafña una expresión por extremo feliz y castiza.

“Querer —enseña don Ramón Menéndez Pidal (6)— expresa na-

(1) *Comentario y Explanación de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*, t. I, Barcelona, 1945, pág. 156.

(2) Tomo II, Barcelona, 1945, págs. 6 y 7.

(3) Madrid, 1919, págs. 298 299.—Debo agradecer al P. Ignacio Iparraguirre el haberme facilitado en Loyola la consulta de este volumen.

(4) Véase Ignacio IPARRAGUIRRE, S. I., *Práctica de los Ejercicios de San Ignacio de Loyola en vida de su autor (1522-1556)*, Bilbao-Roma, 1946, págs. 88 y 161-162.

(5) Véase I. IPARRAGUIRRE, obra y páginas citadas.

(6) *Cantar de Mio Cid. Texto, Gramática y Vocabulario*, Madrid, 1944.

turalmente el deseo de hacer algo... De ahí pasó a indicar el comienzo de una acción, el sentido inceptivo: estar a punto de..."

Rodríguez Marín (7), aclarando un lugar del *Quijote* (2, 17), de que luego hablaremos, nos advierte que está usado "querer, precediendo a otro verbo, en su concepción de estar próxima a suceder alguna cosa".

Desde el *Cantar de Mio Cid* hasta los días de San Ignacio y posteriores, múltiples son los buenos autores aficionados a este giro, y diversos los géneros literarios en que pulula.

Unas veces ocurre el verbo querer precedido de un pronombre (me, te, se, le); otras sin él, conforme a la naturaleza del verbo a que acompaña.

Cuando querer tiene sentido inceptivo, el otro verbo aparece en infinitivo, como nota Menéndez Pidal (8).

Ilustra el maestro su doctrina con varios ejemplos del *Cantar*, uno del *Poema de Fernán González*, dos de Berceo y dos del *Romanero*.

Sin muchos sudores en el espiguelo, he reunido buen número de ejemplos más. Quien lo intentara, podría hacer un acopio de centenares de lugares donde el verbo *querer* aparece en la misma acepción ignaciana: *ir a, estar a punto de...*

Con igual propiedad se aplica a fenómenos de la naturaleza que a determinados actos de los animales o del hombre.

FENOMENOS DE LA NATURALEZA.—Echaron mano de esta perífrasis con mucha frecuencia para pintar el primer momento matutino y el postrero vespertino del día.

La famosa expresión del *Cantar de Mio Cid* (verso 235),

apiessa cantan los gallos e quieren crebar albores,

tiene su paralela en el romance del Marqués de Mantua (9):

pág. 349.—La luz del Diccionario académico no puede ser más exigua, pues si bien registra tal acepción, la supone de uso impersonal.

(7) En la edición del Centenario Cervantino, t. V. Madrid, 1948, pág. 37.

(8) En la pág. 814 de la obra citada. A lo dicho por MENÉNDEZ PIDAL y por RODRÍGUEZ MARÍN podemos agregar que con frecuencia —no exclusivamente— se emplea el giro con infinitivos intransitivos de suyo, o usados como tales. prefer

(9) *Cancionero de Romances impreso en Amberes*, ed. facsímil de MENÉNDEZ PIDAL, Madrid, 1945, fol. 37: «De Mantua salió el Marques».

La edición antigua apareció sobre 1547-1549. Para abreviar, en las citas siguientes le llamaremos *Cancionero de Romances*.

Cuando llegó el ermitaño,
el alba quería quebrare. (10)

El del Conde Claros canta así (11):

Cuando vino la mañana,
que quería alborear.

En prosa nos dice el gallo de Cristóbal de Villalón (12): "...y porque parece que nos desordenamos cantando a prima noche, nos volvamos a nuestra acostumbrada hora de nuestra canción, que es cuando el alba quiere romper".

Bien percibía el sabor de nuestra expresión Lope de Vega al dar comienzo al baile rústico de *San Isidro Labrador de Madrid* (13) con aquellos versos:

Cuando quiera alborear,
salga con su par de bueyes.

Fernando de Rojas, en la *Celestina* (14), le hace decir a Calisto: "Ya quiere amanecer".

Hasta tres veces lo repite Villalón en el *Diálogo que trata de las transformaciones de Pitágoras*: "Pues, según yo conjeturo, aún no es la media noche, agora por el gran silencio, ora por el gran rigor del frío que aún no me hace cosquillas como suele hacerme cuando quiere amanecer, lo cual me es muy cierto pronóstico de la mañana" (15).

"Y si juega el rey, o príncipe, o otro cualquiera que sea su señor, están allí en pie hasta que, harto su apetito de jugar, se quieren ir a dormir cuando quiere amanecer" (16).

Al sol mñtañero se refieren dos versos del *Cantar del Mio Cid*:

Antes seré convusco que el sol quiera rayar (v. 231).

Otro día mañana, el sol quiere apuntar (v. 682).

(10) Van a ser numerosos los ejemplos sacados del *Romancero*. De ello se seguirá que el giro de que tratamos podía serle familiar al soldado de Loyola. «muy dado —como es notorio— a leer libros mundanos y falsos que suelen llamar de caballerías». Entre estos contaba sin duda Iñigo a los romances de asunto caballeresco. Pues aquellos mismos libros le tuvieron sorbido el seso a don Quijote; y los primeros capítulos de la obra de Cervantes trascienden a *Romancero*. Además, parece natural imaginar una peculiar afición de San Ignacio al verso, en colección o en pliegos sueltos, si se recuerda que antes de su conversión compuso un poema en honor de San Pedro.

(11) *Cancionero de Romances*, fol. 33 r: «Media noche era por filo».

(12) *El Crótalon*, canto V, «Nueva Biblioteca de AA.EE.», t. 7, pág. 152.

(13) *Obras*, edición académica, t. 4, Madrid, 1894, pág. 564.

(14) Aucto quatorzeno. En «Clás. Cast.» de La Lectura, t. 23, pág. 129.

(15) Cap. I, «Nueva Biblioteca de AA.EE.», t. 7, pág. 99.

(16) Cap. VIII, pág. 105.

² “Se fueron a acostar cuando quería amanecer” (17).

⁶ Con la frescura y gracia que en el juglar de tierras de Medinaceli pervive la expresión en Fray Luis de Granada (18): “Acaesce alguna vez estar una nube muy oscura y tenebrosa hacia la parte de poniente; y si, cuando el sol se quiere ya poner, la toma delante y la hiere y la embiste con sus rayos, suele pararla tan hermosa y tan dorada, que parece el mismo sol”.

En Lope de Rueda (19): “Ya que se quería poner el sol, quitanle de su trono”.

Sol y noche se dan la mano en el romance del Marqués de Mantua (20):

El monte era muy espeso,
 todos perdido se hane;
 el sol se quería poner,
 la noche quería cerrare.

Igual que en la estrofa 506 del *Poema de Fernán González*:

El sol era ya puesto, quería anochecer.

Y en el *Cantar de Mio Cid* (v. 311):

El día es exido, la noch querié entrar.

Aparte los fenómenos luminosos, hallamos la expresión aplicada a seres inanimados o abstractos, a menudo medio personificados.

A cabo de tres semanas, la quarta quiere entrar, leemos en el *Cantar de Mio Cid* (v. 665).

Poco antes del encuentro con los leones, exclama don Quijote (2,17): “Y si es que sudo, en verdad que no es de miedo; sin duda creo que es terrible la aventura que agora quiere sucederme”.

Que la tierra “quería quebrar” nos dicen a coro el *Cantar de Mio Cid* (v. 696) y el Arcipreste de Hita (21).

(17) Cap. VIII, pág. 105.

(18) *Libro de la Oración y Meditación...* en el t. II de sus «Obras», ed. Cuervo, Madrid, 1906, pág. 94. Pertenece a la meditación del domingo por la mañana, «De la resurrección del cuerpo del Salvador».

(19) I, 23. Citado por Cejador en nota al *Lazarillo*, «Clás. Cast.», t. 25, página 129.

(20) Cancionero de Romances, 30 r: «De Mantua salió el Marqués».

(21) Libro de Buen Amor, estrofa 98, al principio del «enxiemplo de cuando la tierra bramaba», «Clás. Cast.», t. 14, pág. 46.

Berceo nos cuenta (22) que

habie un monesterio, que fue rico logar,
mas era tan caído que se querie ermar.

Los *Discursos Medicinales* de Méndez Nieto (23) recomiendan de la olla que “en estando bien caliente, que quiera hervir, la apartarán del fuego”.

ANIMALES.—Entre los ejemplos referentes a los animales descuella el canto de los gallos del *Romancero*.

En el romance del Conde Claros (24):

Media noche era por filo,
los gallos querian cantar.

Y en el del Conde Dirlos (25):

...hasta que era media noche,
los gallos querian cantare.

Años después de la muerte de San Ignacio el modismo seguía gozando de vida lozana y natural, como se echa de ver por este pasaje de Fray Juan de los Angeles (26): “Y hase de notar aquí que, aunque el vulgo dice de la tórtola que su cantar es gemir, en ninguna manera es creible, porque repugna a la razón que ella ni otra ninguna ave canten cuando están con hambre o tienen algún dolor; ni la filomena ni el cisne cuando se quieren morir, aunque lo afirma Platón (in *Phaedone*, pág. 303)” (27).

(22) *Vida de Santo Domingo de Silos*, estrofa 187, BAE, 57,45.—*Ermaz* significa quedar yermo, desierto, deshabitado. Más adelante, estrofa 454, puntualiza: «Más era de medio día, nona querie estar». BAE, 57,45.

(23) Según Rodríguez Marín, lugar citado.

(24) *Cancionero de Romances*, 83 r: «Media noche era por filo».

(25) *Cancionero de Romances*, 17: «Estábase el Conde Dirlos».

(26) *Consideraciones sobre el Cantar de los Cantares*, cap. II, lect. X, art. II. En la «Nueva Biblioteca de AA.EE.», t. 24, pág. 433.

Nuestro autor va a nombrar a la filomena o ruiseñor. Nótese que no la menciona Platón. Fray Juan de Los Angeles pudo escuchar su canto lastimero leyendo la *Philomena* —atribuida entonces a San Buenaventura—, bien en los versos originales, bien en la versión en prosa del P. Granada.

(27) Aunque con errata en la página citada, debe de referirse a la versión de FICINO, Lyon, 1588, pág. 343 a: «illi (los cisnes) quidem quando se breui praesentiant morituros, tunc magis admodum dulciusque canunt quam antea consueverint, laeti quod ad deum sint, cui seruiunt, iam migraturi».

Pues la atinada traducción del franciscano coincide con la expresión ignaciana, en una perfecta versión al latín del «ya que me quiera morir» debería echarse mano del giro de Ficino.

El Arcipreste de Hita (28) describe el trance apurado de una fiera:

El lobo a la cabra comía por merienda:
atravesósel' un hueso, estaba en contienda,
afogarse quería, demandaba corrienda...

HOMBRE.—A modismos como el de la primera Adición recurren para expresar todo linaje de acciones humanas, desde la cuna hasta el sepulcro, las alternativas corporales de salud y enfermedad, los mil afectos del alma, la vida en la Iglesia, en la guerra, en las faenas pacíficas del campo.

Al nacimiento se refieren aquellos versos de Fray Ambrosio Montesino (29), puestos en labios de la Virgen:

A mi parescer,
esposo leal,
ya quiere nacer
el Rey eternal.
Así debe ser,
pues este portal
claro paraíso
se nos ha tornado.

Estos y otros versos de Montesino recamados con la expresión ignaciana tienen singular interés. Pues, según barruntos del P. Pedro Leturia (30), Iñigo de Loyola leyó tempranamente el *Cancionero* del poeta franciscano (31).

Al otro lado de la vida apunta el propio Montesino (32):

El «antequam dormire incipiam» de la «versio prima» atribuida a San Ignacio, no me satisface porque considero que refleja un momento posterior al expresado por el texto original: son dos momentos.

Cabalmente como en estos versos de Lope de Vega (o.c., pág. 564):

Aventar quieren el trigo,
ya comienzan a aventar.

(28) O.c., estrofa 252, al principio del «enxiemplo del lobo e de la cabra e de la grulla», ed. cit. pág. 95.

(29) BAE, 35, 423.

(30) *El gentilhombre Iñigo López de Loyola*, Barcelona, 1941, págs. 68-69.

(31) El *Vita Christi*, solaz de San Ignacio después de la herida de Pamplona, no he logrado ver. Por eso no alego ejemplos de sus páginas. Recuérdese que ese libro corría «interpretado de la lengua latina en el romance familiar de Castilla por Fray Ambrosio Montesino».

(32) BAE, 35, 419.

Yo soy la Virgen María
 que oistes decir,
 que de cruel agonía
 me quiero morir,
 porque no veo venir
 a mi vista buena.

La Vida de Santa María Egipciaca (33) moraliza:

Pues que el omne se quiere morir,
 tarde se puede ya repenir.

Rodríguez Marín vuelve a citar (34) los *Discursos Medicinales* de Méndez Nieto: "...tenía los ojos vidriados y la facies o cara hipocrática, que, como la pinta Hipócrates que tienen las que se quieren morir".

Cristóbal de Villalón en *El Cróton* torna repetidamente a su frase:

"Luego, como, mirándome, me vi tal, y de capitán fiero estimado me hallé convertido en viciosa y delicada mujer, de vergüenza me quise morir" (35).

"A todos es notorio, señor Aristineto, ser yo tu confesor desde que agora diez años te quisiste morir" (36).

El Beato Juan de Avila parece que considera esta fórmula como sacramental para describir el ocaso de la vida.

Aquí recomienda gastar la tarde "en ir a visitar algún enfermo, principalmente cuando se quiere morir" (37).

Allí, "perdonar y pedir perdón y hacer aprisa todo lo que haría si le dijese que se quiere morir" (38).

"De algunas santas personas leemos —escribe más adelante (39)—

(33) BAE, 57, 307.

(34) En el lugar notado al principio.

(35) Canto VII, «Nueva Biblioteca de AA.EE.», t. 7, pág. 160.—Corrijo la edición donde dice «mirándome vital».

(36) Canto XVII, pág. 226.

Morirse quiere Alixandre
 del dolor del corazón.

suenan asimismo al comienzo de un romance anónimo del *Cancionero Musical de Palacio* (Siglos XV-XVI), ed. Barbieri, Madrid, 1890, número 322, pág. 163.—En la edición moderna de H. Anglés, Barcelona, CSIC, 1947, n.º 111 págs. 136-137,

(37) «Obras Completas», BAC, t. I, Madrid, 1952, pág. 982.

(38) Tomo II, Madrid, 1953, pág. 1119.

(39) Tomo II, pág. 1125.

que, cuando se querían morir, dejaban algunos particulares avisos, como herencia”.

“No es razón que el cristiano se halle ausente al enterrar a Jesucristo. Quienquiera se allega a la cama de uno que se quiere morir” (40).

Presente estaba la Virgen: “Cuando lo viese que ya quería expirar, cuando viese aquellos lucientes ojos escurecerse...” (41).

En el mismo trance la contempla Fray Bernardino de Laredo (42): “Estando la Virgen junta a San Juan, ambos al pie de la Cruz, le decía el Crucificado cuando ya quería expirar...”

De la *Flor nueva de romances viejos* (43) son estos dos bellos fragmentos:

Por Dios te ruego, ermitaño,
por Dios y Santa María,
que me oigas en confesión,
porque finar me quería (44).

¡Ay, compadre don Beltrán,
mal nos va en esta jornada!
De la sed de mis heridas
a Dios quiero dar el alma (45).

El alma nos muestra asimismo Fray Luis de Granada (46): “Y cresce aún este temor cuando el ánima se quiere ya desatar de la carne”.

Confesión, salida del alma y acabamiento de la vida se entrelazan en el romance del Marqués de Mantua (47):

(40) Tomo II, pág. 1052.

(41) Tomo II, pág. 1044.

(42) *Subida del Monte Sión*, parte segunda, cap. 23; t. II de «Místicos Franciscanos», BAC, Madrid, 1948, pág. 220.

(43) Recogida y editada por Menéndez Pidal, Buenos Aires, 1938.

(44) Romance de la penitencia del rey Rodrigo: «Después que el rey don Rodrigo», página 65.

(45) Romance de Roncesvalles: «Ya comienzan los franceses», pág. 101.

(46) *Guía*, libro I, cap. VII, § II, en «Obras», ed. Cuervo, t. I, Madrid, 1906, pág. 72.

Aquí se nos remite a los *Morales* de San Gregorio, libro «cuarto». Pero evidentemente hay una errata o distracción. Por fuerza tiene que referirse al libro «vigésimo cuarto», Migne, PL, 76, 305-306. Granada no traduce a la letra todo el largo párrafo de San Gregorio, en que se repiten varias veces algunas ideas, precisamente las que a nosotros más nos interesan aquí. Repárese en que también ocurre el «iam, iam» —buen principio del P. Roothan— pero no el «urus» que buscábamos.

(47) Cancionero de Romances, 37 r: «De Mantua salió el Marqués».

¡Qué dices, amigo mío?
 ¿Traes con quien me confesare?
 Que ya el alma se me sale,
 la vida quiero acabare.

Y más adelante (48):

Estando en su confesión,
 ya³ quería acabare,
 las angustias de la muerte
 comienzan de le aquejare.

En el romance de doña Isabel no es la vida lo que termina (49):

Las monjas están comiendo.
 Ya que querían acabar,
 luego yo desque lo supe,
 envié con mi mandar.

Un personaje del *Paso de Rodrigo de Toro* (50) teme un cataclismo universal: “¿Los asnos habrar en latin? Llegar quiere la fin del mundo”.

“Despedido desde el púlpito —dice *Lazarillo de Tormes* (51)—, ya que se quería abajar, llamó al escribano...”

“Pero ya que queráis decir —sermonea Antonio de Torquemada (52)— que a éstos Dios los eligió por su mano, yo os diré otros muchos que de pobres pastores subieron a tener muy grandes y poderosos estados”.

A la Iglesia y al campo nos lleva el otro romance (53):

Domingo era de Ramos.
 La Pasión quieren decir,
 cuando moros y cristianos
 todos entran en la lid.

Cristóbal de Villalón (54) pinta gráficamente el efecto de cierta payasada humana: “Estaban los sanctos del cielo que de risa querían reventar”.

(48) Fol. 37 v: «De Mantua salió el Marqués».

(49) *Cancionero de Romances*, 169 r: «Yo me estando en Tordesillas».

(50) En el «Registro de Representantes», ed. Bonilla, Madrid, 1917 p. 69.

(51) «Clás. Cast.», t. 25, pág. 243.

(52) *Coloquios Satíricos*, «Nueva Biblioteca de AA. EE.», t. 7, pág. 517.

(53) *Cancionero de Romances*, 229 v: «Domingo era de Ramos».

(54) *El Crótalon*, canto XI, ed. cit. pág. 187.

Motivo de risa era la escandalosa pompa del entierro del Marqués del Gasto, es decir, del Vasto, muerto en Italia en 1546.

Otras veces la causa es dolorosa, como en el romance del Conde Claros (55):

Ya se parte el pajecico,
ya se parte, ya se va,
llorando de los sus ojos
que quería reventar.

O en aquél de don Gaiferos (56):

Lloraba de los sus ojos
que quería reventar.

En fin, en el *Romancero* (57):

Con él está el rey, su padre,
que quiere desesperar.

Por la razón antes apuntada, crece el interés de estos versos engendrados o prohijados por la musa de Fray Ambrosio Montesino (58).

Un romance de don Gaiferos nos descubre la angustia de la cautiva (59):

Que, si presto no me sacan,
mora me quieren tornar.

San Francisco, según nos cuenta el Beato Avila (60), "estaba una vez malo de los ojos y queríanle dar unos cauterios de fuego y, como vido ya el hierro encendido, blanco de tan hecho ascua, y que se le querían meter por el ojo, húbole miedo y díjole: —Hermano fuego..."

Las armas suenan y brillan en el romance de don Reinaldos (61):

Hallólo en sus palacios,
que se quería armar;
porque así la acostumbraba
por más se asegurar.

(55) *Cancionero de Romances*, 88 r: «Media noche era por filo».

(56) *Cancionero de Romances*, 105 r: «Estábase la Condesa».

(57) DURAN, II, pág. 673; cit. por Menéndez Pidal, *Cantar*, pág. 349. También puede leerse en BAE, 16, 674; y 35, 449.

(58) A la cuestión de la paternidad del romance refiérese MENENDEZ Y PELAYO en varios lugares de su *Antología de Poetas Líricos Castellanos*, ed. del CSIC, Madrid, 1944, t. 3, págs. 68 y 328; t. 7, pág. 201; t. 9, p. 35.

(59) *Cancionero de Romances*, 60 r: «Asentado está Gaiferos».

(60) Tomo II, pág. 1229 de la ed. cit.

(61) *Cancionero de Romances*, 73 r: «Estábase don Reinaldos».

Éstruendo de armas sugieren igualmente aquellos versos del *Can-
tar de Mio Cid*:

Salieron de la eglesia, ya quieren cabalgar (v. 367).
Moros son muchos, ya quieren recombrar. (v. 1143).

Recombrar vale rehacerse.

Lope de Vega (62), prendado de la gracia del primer verso, inten-
ta reproducirla una y otra vez en el baile rústico:

Quando quiera alborear,
salga con su par de bueyes...
...ya se le acerca San Juan.
Segarlo quiere el villano:
la hoz apercibe ya...
...Ya se aperciben los trillos,
...Aventar quieren el trigo,
ya comienzan a aventar...
...Ya pone en la tabla el pan,
ya lo cuece, ya lo saca,
ya lo quiere presentar.

En tan exuberante floración de verbos usados con el modismo de
la primera Adición, no podía faltar el empleado por San Ignacio.

Cristóbal de Villalón nos ha dicho que “se quieren ir a dormir
cuando quiere amanecer” (63).

Y para terminar, los *Discursos Medicinales* de Méndez Nieto (64),
nos informan: “Deste cocimiento tomaba medio cuartillo al amanecer
y otro medio a las dos horas después de medio día, y otro al ano-
checer, cuando ya se quería dormir”.

Los ejemplos aducidos prueban que San Ignacio en esta frase de
la primera Adición, no se expresó a la vizcaína, sino como el toledano
de más pulido hablar (65).

(62) Comedia citada, págs. 564-565.

(63) Véase antes, nota 16.

(64) Según Rodríguez Marín, lugar citado.

(65) No se me oculta que merece comentario la locución conjuntiva «ya
que». Lo omito porque, entre sus diversos valores, aquí está claro el tempo-
ral. Por lo demás, han ocurrido en estas páginas otros ejemplos con ella. Con-
cretamente los correspondientes a las notas 19, 48, 49, 51 y 52.

Y aun podríamos coronarlos con otro, del P. MARIANA en su *Historia de
España* (libro XIII, cap. 8; BAE, 30, 382), donde narra la muerte de San
Fernando: «Ya que quería rendir el alma, demandó perdón a cuantos allí
estaban».

Los gramáticos leerán con gusto la atracción que sigue al modismo —«pen-

El Santo de Loyola no quiso decir lo que el P. Casanovas le atribuye, sino puntualizar el momento preciso en que el ejercitante debe sembrar el pensamiento del ejercicio del día siguiente: cuando esté a punto de dormirse.

Pensamiento que florecerá al despertar, como primicias del día para Dios, y como buen presagio del fruto apetecido.

sar a la hora que me tengo de levantar»— y sin dificultad recordarán casos análogos de Cervantes, Santa Teresa y otros buenos escritores.



ESCELICER, S. A.
SAN SEBASTIAN